



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXVIII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM 10874

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Península.—Un mes, 2 pías.—Tres meses, 6 id.—Extran-
jera.—Tres meses, 11 25 id.—La suscripción se contará desde 1.^o
y 16 de cada mes.—La correspondencia a la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

SÁBADO 4 DE JUNIO DE 1898

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de
fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Camartin
61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

IMPOTENCIA

Inútilmente se revuelven furio-
sos los mambises buscando el mo-
do de ayudar a la escuadra yanqui
en sus intentos de invasión. Mien-
tras Schley cañonea a Santiago de
Cuba con sus potentes barcos, Ca-
lixte García llama la atención de
las tropas cayendo sobre Holguín.

Tal vez el almirante americano
y el jefe filibustero combinaron el
ataque para establecer cada uno
en el sitio que conquistara su base
de operaciones y avanzar luego
para darse la mano y obrar juntos;
pero los cañones del Morro die, on
al traste con las ilusiones de Schley
y los Mañisser de los voluntarios
dieron buena cuenta de las espe-
ranzas del traidor Calixte. Tres
barcos averiados sacó el primero
de la lucha marítima y una buena
parte de la fuerza que el cabecilla
rebelde conducía quedó fuera de
combate ante la fortaleza cubana.
Contra los enemigos que atacaban
por mar y los que acometían por
tierra han triunfado los soldados
de España, demostrando así que
tienen alientos para combatir si-
multáneamente a los que vienen
de afuera y a los que dentro de
casa nos promovieron la más in-
justa y despiadada de todas las
guerras.

Por lo que a los enemigos inte-
riores se refiere su impotencia sal-
ta a la vista. En Cardenas preten-
dieron caer sobre las tropas por la
espalda, cuando éstas se ocupaban
en rechazar un desembarco y no
pudieron conseguirlo. En Cienfue-
gos fueron también escamenten-
dos. Ahora en Santiago de Cuba
han sufrido la derrota más impor-
tante desde que comenzó la gue-
rra y roles y maltratos han luid-
o a guarecerse en la manigua
contra la persecución de que son
objeto.

En el resto de la isla no alcan-

zan mejor fortuna. Acometieron
a Alquizar en la provincia de la
Habana y no bien roto el fue-
go cambiaron el objetivo de la
victoria por la más vergonzosa
de las fugas. Empujan mucho cien-
to cincuenta guerrilleros que an-
sian hacer sentir el peso de su
enojo a los malva los que arruinan
la patria.

Y a lo to esto, parte de las fuer-
zas rebeldes permanecen inactivas,
en espera de tratos que se reali-
zan no se sabe donde ni por quién.
Esos insurrectos, que podemos lla-
mar pacíficos, y que son los que han
pedido parlamento en Cienfuegos
no harán armas contra los espa-
ñoles, pero si las harán contra los
yanquis tan luego éstos se pongan a
tiro.

Es lo único que les faltaba a los
descendientes del tío Sam para que
el ridículo que corren sea comple-
to: hasta aquellos mismos a quie-
nes se proponían favorecer y por
los cuales nos declararon la gue-
rra se disponen a recibirlos a ba-
lazos.

¿Qué triunfo para la Unión Ame-
ricana!

QUE POLITICA!

«La América de los americanos»,
constituida en el año 1819 el principio
del liberalismo económico de Monroe;
en 1898, la fórmula «América de los nor-
teamericanos»; constituye la base de
ese absorbente proteccionismo, por na-
dio mejor personificado que por Mac-
Kinley.

Aquel célebre mensaje de Monroe,
contra los ingleses dirigido, había de
ser una doctrina de ambición desmesu-
rada, de pasiones sin freno; la expan-
sión comercial, bajo la base de amplia
reciprocidad preconizada por Monroe,
había de traducirse luego en egoísta
monopolio, y lo que pudo obedecer a
convencionalismos impuestos por las
circunstancias de aquella época, hanlo
transformado los sucesores de aquel
presidente en principio gubernamental
del Estado.

Muere Monroe, y las conquistas y las
aspiraciones de la República fueron
continuas.

El Maine septentrional, los territorios
de Oregon y de Texas, Nuevo México y
la California, Gales y Mesilla fueron
los primeros en caer bajo el dominio de
la República yankee, y la cesión del ter-
ritorio de Alaska es considerada como
un reconocimiento de Rusia a la sobera-
nía de los Estados Unidos en el Con-
tiente americano, y como una amenaza
a la Gran Bretaña, soberana enton-
ces del Canadá.

En 1842 contribuyó Inglaterra con la
cesión de la Florida a ensanchar los
territorios de la Gran República, y ésta,
sin el freno de ningún derecho ni de
ninguna legislación, busca nuevos hori-
zontes y ve a Cuba, explota sus rique-
zas, comprende su valor y trata de ad-
quirirla.

Sin energías para presentarse de fren-
te, emplea las hipocresías de la diplo-
macía; concócese el juego y su ambién
herida por la dignidad española, busca
nuevos derroteros, nuevas orientacio-
nes.

Esgrime el principio de Monroe, cae
en la cuenta de que Cuba forma parte
de aquella América que debe ser suya
y ocultando bajo el sentimiento de pa-
trianidad su asquerosa ambición, trans-
forma la hostilidad diplomática en hos-
tilidad guerrera.

Esa es su política.

Sin otro lema que el de un desenfrenado
egoísmo, sin otro interés que el
de su repugnante y grosero engrandeci-
miento, sin otra idea que la del merca-
der miserable que antepone a su honra
la conveniencia del negocio, se lanza a
la lucha; y sin sentimientos dignos, sin
tener concepto de lo que es patria, sin
hombres que sientan y sin corazones
que latán al impulso de una generosa
idea, confía sus éxitos al éxito del oro,
y sus triunfos al triunfo del dólar.

Esa, esa es su política.

GLORIAS NACIONALES

Episodio de la primera guerra civil.
4 de Junio de 1837.

Librada la acción del puente de Or-
nin, en la primera guerra carlista, la

división del ejército de Cataluña que
mandaba el brigadier D. Francisco
Osorio se replegó hacia Orlán, y para
proteger su flanco derecho, hostilizado
por el enemigo, dispuso este general
que el comandante del regimiento de
América D. Juan Pujol lo cubriese con
el tercer batallón y dos compañías de
cazadores de su cuerpo.

Los soldados de América, con la va-
lencia y arrojo natural es gente vetera-
na y aguerrida, consiguieron rechazar
a los carlistas; mas no contentos con es-
to y arrastrados por su ardor bélico,
los persiguieron a la bayoneta, por lo
cual perdieron el contacto con el gru-
so de la columna.

Entonces el enemigo, favorecido por
algunos refuerzos que recibió, interpú-
sose entre esta y aquellas y rodeó de
un anillo de fuego a las imprudentes
tropas, trabándose una desesperada lu-
cha, en la cual, como era de esperar
por la inferioridad numérica, llevaron
la peor parte los liberales.

A consecuencia de la vida del comandan-
te Pujol y con ocho oficiales y 235 sol-
dados de menos, entre muertos y pri-
sioneros, llegaron los de América a Ol-
ban, sin municiones y rendidos por la
fatiga de tanto pelear pero ya, no se en-
contraba allí el grueso de las tropas,
y como los contrarios se nos echaban
encima, los 13 oficiales y los 233 indi-
viduos que con vida quedaban se en-
cerraron en la casa del «Boix» dispues-
tos a sostenerse en ella hasta recibir so-
corro.

Amontonados en las habitaciones, y
sin probar ni un pedazo de pan ni una
gota de agua (para apagar la sed de-
voradora que les consumía terminaron
por beber sus propios orines), pasaron
aquellos heroicos soldados tres días en-
cerrados en la casa, despreciando las
repetidas amenazas que de pasarllos a
cuchillo les hacían los carlistas si no se
rendían.

Al fin visto que no recibían los soco-
rros que por una mujer y por el soldado
José Gironés, que atravesó la línea ene-
miga con gran fortuna y valentía, pi-
dieron los bloquados, acordaron capi-
tular, seguros de que habían cumplido
con su deber y de que el honor del re-
gimiento no se empalmaría con tal ren-
dición.

Como premio a tan heroísmo los sol-
dados fueron puestos en libertad, y

aunque los oficiales quedaron prisione-
ros se respetaron sus vidas y poco des-
pués viéronse libres.

Maese Rodrigo.

(Prohibida la reproducción.)

Crónica Internacional

(De nuestro servicio especial.)

Los altos políticos de Europa y los
centros que se tienen por bien informa-
dos negarán fundamento a los rumores de
alianza que por ahí corren; negarán
autoridad a los conceptos sentados por
Mr. Chamberlain en su célebre discurso
y se esforzarán por quitar la significa-
ción que tienen los refuerzos que algu-
nas guarniciones reciben y las activi-
dades que se notan para fortificar de-
terminadas posiciones y para terminar
las construcciones navales que están en
los astilleros. Trabajen para hacernos
creer no es cierto nada de lo que se di-
ce, pero tengan entendido que sus la-
bores son estériles: hoy damos más au-
toridad a los hechos que a las palabras,
y como aquellos los hay en abundancia
y de esos que hablan como mucha de-
ficiencia y en forma que no dejan lugar
a dudas respecto al objetivo que se
ofrece a nuestros ojos con la tangibili-
dad de las cosas reales.

Es difícil predecir donde temerá a
parar. La mina está cargada con gran-
des cantidades de poderosos explosivos
y todos los que, en mucho ó en poco,
pueden sufrir ó aprovecharse de la ex-
plosión de ella, se aprestan para reci-
bir provecho.

Las ambiciones que por mucho tiem-
po ha alimentado y acrecentado Euro-
pa, y a las cuales sólo de vez en cuan-
do y en forma embosada y dentro de
esfera que no ofrece grandes peligro,
ha dado satisfacción, han empezado a
agitarse y a pretender apagar sus an-
sias con buenas presas de poco tiempo
acá.

Todos sabemos que el más pequeño
chispazo podría dar fuego a la mina, y
como ese chispazo se ve en la guerra
hispano-yanqui, nadie vive hoy con so-
sego, todo es agitación y actividad, lo
mismo en los centros diplomáticos que
donde se construyen máquinas de gue-
rra, que donde se trazan planes de
campaña.

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 873

CARLOS II EL HECHIZADO

872

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 869

—Creo que sí, replicó el primer centinela.
—Entonces es preciso que nos dejes pasar.
—Mi capitán, no es posible.
—¿Cómo que no! Señores alabarderos, cuando yo
vengo por esta puerta es porque el servicio lo orde-
na. Llamad al jefe de guardia.
Uno de los centinelas, bien por temor ó por deseo
de complacer, se desvió de su puesto y previno a
otro para que fuese corriendo la voz con el fin de
cumplir los deseos del capitán.
De allí a pocos momentos se presentó un oficial.
Afortunadamente era conocido de León y Martín.
El primero le hizo ver que un asunto de inmensa
importancia les obligaba a presentarse al duque de
Medinaceli, por lo que les haría un inmenso servicio
si lo llamaban.
El oficial conoció que en esto no infringía su con-
signa, y desapareció bajo una ancha cortina.
De allí a diez minutos volvió con la orden de in-
troducirlas en una habitación del costado opuesto
a los salones reales, donde el duque iría a buscar-
los.
—¿Lo veis? dijo León en tono bastante bajo a su
compañero; ya hemos pasado lo más difícil. El du-
que hará lo demás.
Instalados en una salita cuadrada, se dedicaron a

plina y se retiró. Sabía que la orden de un centinela
debe ser inviolable.
—¿Qué nos retiramos? preguntó Martín.
—Sí; nos dirigiremos hacia otro punto.
Y se encaminaron a unas escaleras subterneas
que se hallaban en un extremo del patio.
Allí afortunadamente los centinelas los dejaron
pasar y subieron rápidamente al primer piso.
Este daba con unificación a una galería, que preci-
samente iba a dar en las habitaciones reales. Mar-
tín se introdujo por la puerta, pero vióse detenido
por los alabarderos.
—La consigna de palacio es hoy muy rígida, ob-
servó Martín con impotencia.
Los centinelas se encogieron de hombros.
—¿Cód? que es decir que no se puede pasar? pre-
guntó León.
—No; el rey no tiene audiencia, dijo un alabar-
dero.
—Es que nosotros no vamos a ver al rey.
—No importa, contestó el otro.
León en vez de encolerizarse se encogió de hom-
bros.
—¿Sabeis si está el duque de Medinaceli en el
despacho de S. M.? preguntó con aparente indife-
rencia.

pasante el azul esplendoroso que le adornaba, espar-
cia en la tierra una inmensa claridad que se derramaba
en infinitas ráfagas por la villa. Madrid pare-
cia resesido de un manto de oro. Una brisa templada
bataha con suaves emanaciones todos los sem-
blantes. Los pájaros cantaban a la naturaleza, y
las campanas de todas las iglesias recorrian sus es-
pléndidas notas, elevando su concierto a Dios. La
respiración del populacho exhalaba ese millón de
sonidos en que se confundían todos los ocos de la hu-
manidad: todas las calles vomitaban un gran gen-
tío, el cual se hacinaba en la plaza Mayor, donde
se había dispuesto un altar portátil, para de sufi-
ciente extensión, para que se celebrasen misas por
los que iban a morir.
Allí se habían reunido las cuadrillas de familias
del Santo Oficio y las congregaciones de las parro-
quias, interin llegaba la procesión con los reos que
debían ser quemados.
León y Martín llegaron a la plaza, y no pudieron
dejar de detenerse para contemplar las tristes ceremo-
nias que se estaban verificando.
En los balcones de la casa de la Penitencia se es-
tentaba un negro dosel, donde el inquisidor general
debía presidir y autorizar las sentencias de los pro-
s firmadas ya por el rey, mientras el jefe de los